

DEL COLOMBIANÉS AL ESPAÑOLÉS

Viaje alrededor de las lenguas castellanas

1- PROLOGO: ¿NOS SEPARAMOS, O SEGUIMOS UNIDOS?

Profecías y realidades sobre la ruptura del español en muchas lenguas.

2- ¿JUNTICOS, COMO EN EL BOLERO?

Principales fuerzas que tienden hacia la unidad del español

- A. Migración
- B. Medios de comunicación social:

Literatura

Música

Cine

Telenovelas

Internet

- C. Estabilidad gráfica

3- ¿SEPARADOS, COMO EN EL RAP?

Fuerzas que tienden hacia la dispersión del español

- A. Morfología
- B. Pronunciación: 4 problemas 4

La errónea distinción entre V y B

La desaparición parcial de S y D

La desaparición de TL en España

La reducción de X a SS

- C. Léxico: 5 problemas 5

Falsos americanismos

Localismos

Términos equívocos

Neologismos y tecnicismos

Contagios

4- ESPAÑOLÉS Y SUDAQUÉS

Por dónde se parte la torta en el español

Diferencias absolutas entre el español peninsular y el de la América Latina.

"Vosotros"

Seseo, ceceo y voseo

Leísmo

Jerifaltes y generales

Corolarios de las diferencias (Especial para traductores)

Del colombiano al españolés

Viaje alrededor de las lenguas castellanas

(Prólogo escrito a una exposición oral)

Daniel Samper Pizano

(Congreso de la American Translators Association. Jersey City, abril 23-25, 2004)

El primer americano en entender que la ruptura con la corona española no debería significar ruptura con la lengua que habían aprendido las colonias fue el venezolano Andrés Bello. Don Andrés, un antiguo profesor del Libertador Simón Bolívar que se marchó a Chile a los 29 años, planteó que deberíamos mantener intacto el idioma desembarcado de Europa porque era el que garantizaba la unidad de las tierras americanas. El alegato de Bello afirmaba que, de no hacerlo así, se alteraría la estructura del español en las distintas regiones americanas hasta convertirse en "una multitud de dialectos

irregulares, licenciosos, bárbaros, embriones de lenguas futuras, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín". Así lo expresó en el prólogo a su célebre *Gramática*, de 1841. Insistió, además, en que se conservara la pureza del castellano americano preservando la norma culta de la metrópoli.

Fue clave la influencia de Bello para que la primera generación republicana de América aceptara el legado de la lengua de aquellos cuyo gobierno y organización rechazaron por medio de las armas. Pero la idea de algunos era la de crear, a partir de ese idioma heredado, uno diferente de aquel y característico de las tierras americanas. Fue esto lo que propuso un ilustre argentino nacido en 1811, el mismo año en que Cartagena de Indias proclamaba su independencia. Domingo Faustino Sarmiento planteó en 1843 una ortografía americana y compartió con su paisano Esteban Echeverría la filosofía de que el español americano debería adelantar una "transformación progresiva" hasta su definitiva emancipación.

En 1865, cuando moría don Andrés Bello y Sarmiento era candidato a la Presidencia de la República, estaba por cumplir veinte años Rufino José Cuervo, un acaudalado bogotano cuyo interés no era la fábrica de cerveza fundada por su padre sino la lengua de sus abuelos. Cuervo comprendía que ese idioma que se esmeraba en defender Bello y transformar Sarmiento no solo era instrumento adecuado para comunicar a los americanos entre sí y a todos con España, sino que era tan nuestro como de los españoles. No comulgaba el filólogo colombiano con las ideas de los románticos argentinos que querían formar todo aparte con el español de América, pero sí captó que las fronteras del castellano se habían borrado con las instituciones coloniales y había dejado de ser el idioma oficial de los virreyes. Era ahora nuestra lengua común y los americanos teníamos por igual el deber de protegerla y el derecho a enriquecerla. Bien ha dicho el profesor de la Universidad de Valencia Ángel López García que "el español fue adoptado como símbolo de los hispanos después de la independencia de las naciones americanas".

En sus primeros escritos, Cuervo se muestra optimista respecto al futuro del español. No solo cree que América refrescará la lengua que trajeron los conquistadores, sino que mantendrá su unidad. No era esta, sin embargo, una tesis que compartieran todos los estudiosos de la época. El profesor alemán Augusto Federico Pott (1802-1887), que sostenía correspondencia con Cuervo en latín, creía que el destino del español era la fragmentación. Según lo veía el profesor Pott, el castellano estaba condenado a correr la suerte del latín y acabar convertido, con el pasar de los años, en un número de lenguas de la misma procedencia pero distintas entre sí.

Cuervo recibía semejante augurio con escepticismo. En 1881 escribió el siguiente texto: "es infundado el temor de que en la parte culta de América se llegue a verificar con el castellano lo que en el latín con las varias provincias romanas". Aportaba enseguida un argumento que constituía aval de su integridad: "La copiosa difusión de obras impresas... el constante comercio de ideas con la antigua metrópoli y el estudio de su literatura aseguran a la lengua castellana en América un dominio imperecedero".

Antes de que terminara el siglo XIX, sin embargo, Cuervo había modificado su punto de vista y acogía las hipótesis rupturistas. Así, escribió en 1899: "Estamos en vísperas de quedar separados, como lo quedaron las hijas del imperio romano". Tal afirmación generó una amarga polémica con el novelista español Juan Valera, defensor de la unidad de la lengua, que se prolongó durante tres años y que terminó con agravios mutuos. "Este señor me ha sacado de mis casillas", confiesa Cuervo a un amigo suyo en carta de 1903.

La polémica afirmó a Cuervo en su tesis sobre la atomización del castellano y lo llevó a citar como argumento de autoridad las ideas de Pott –que para entonces no podía participar en la polémica por haber fallecido años antes—, ideas que el propio Cuervo había rebatido cuatro lustros atrás. De esa época data una famosa página de don Rufino José que suelen tener a mano quienes, como Gabriel García Márquez, todavía creen, cien años de soledad después de aquella controversia, que el castellano estallará en un haz de lenguas nuevas.

Los principales párrafos del documento por el cual Cuervo testimonia su conversión a los planteamientos que había atacado afirman lo siguiente: "En los años que han corrido de la Conquista acá, ha padecido el castellano fatal evolución en España como en América; esa evolución no ha sido uniforme en todos los dominios de la lengua, de suerte que no es idéntica el habla de ningún estado americano a la de la que fue metrópoli; que entre estos mismos estados existen diferencias notables, que indudablemente irán acrecentándose gracias a la poca comunicación recíproca..." Más adelante agrega: "Si es cierto que la lengua literaria es creación más o menos artificial que oculta las peculiaridades locales, y que el día en que difiera considerablemente de la lengua hablada sería insuficiente para su objeto (y *aquí viene la pregunta*): si todo esto es cierto, ¿cabe en lo posible que corra el castellano la suerte del latín?"

La contestación que ofrece Cuervo al interrogante aparece a renglón seguido,: "Teóricamente, la respuesta debe ser afirmativa (Es decir el castellano correrá la suerte del latín). Falta saber los siglos que serán necesarios para llegar a ese punto, y las circunstancias históricas que lo apresurarán o retardarán".

Desde entonces ha transcurrido ya una centuria. Y devotos estudiosos de la situación del español, como el escritor y periodista burgalés Álex Grijelmo, opinan que el divorcio no se ha producido. "Hoy en día –escribió Grijelmo en su *Defensa apasionada del idioma español*, en 1998—no se puede poner en duda que tal unidad existe. Por hablar un mismo idioma, cometemos los mismos errores en el mundo hispánico". Desde la orilla opuesta, el historiador mexicano Antonio Alatorre sostiene algo parecido y señala que, a pesar de la multiplicidad de acentos, variedades léxicas y disparidades gramaticales, "basta un poco de cordialidad entre los interlocutores para que las diferencias de habla entre países –o entre regiones de un país, o entre estratos socioculturales de una ciudad—sean más estímulo que estorbo para el diálogo" (*Los 1.001 años de la lengua española*, 1989).

Esta unidad, reconocida desde América y desde España, resulta más interesante, elocuente y hasta meritoria si pensamos que en los últimos siglos se ha producido un terremoto demográfico. A principios del siglo XIX, cuando conquistan su independencia casi todas las colonias hispanoamericanas, el español era el idioma de la autoridad, pero no el de las mayorías. Fernando Lázaro Carreter, el filólogo recientemente desaparecido y hondamente lamentado, cuenta que la proporción de quienes en esa época hablaban castellano en nuestra América respecto a quienes conservaban sus lenguas nativas era apenas de uno a tres.

En el instante del rompimiento con la metrópoli, habitaban en América hispánica unos 10 millones de pobladores, muchos de los cuales no hablaban español. De acuerdo con John Lipski (*El español en América*, 1994), las 16 ciudades principales del subcontinente sumaban una población cercana a los 660.000 individuos. Mientras, España tenía entre 18 y 20 millones de habitantes. Desde entonces las cifras han dado un vuelco colosal. Según el Instituto Cervantes, en 1999 había 382 millones de hispanoparlantes, de los cuales apenas 40 millones eran españoles. Esto es menos del 11 por ciento, lo que hizo decir al ya citado profesor valenciano López García: "El español está sobre todo allí, del otro lado del Atlántico, y lo nuestro es bastante marginal".

Marginal, demográficamente hablando, agrego yo. Pero no en otros sentidos: autoridad, publicación de libros y periódicos, capacidad empresarial en el mundo de las comunicaciones, nivel de ingresos de la población. Con la llegada de cientos de miles de inmigrantes latinoamericanos a España, además, la cultura lingüística de los peninsulares se enriquecerá y ampliará. Ya no tendrán que sintonizar una telenovela para ver a alguien que dice: "¡Qué vaina más chévere!". Podrán oírlo en vivo en el supermercado, aunque sea al otro lado del mostrador.

Decía que, en demografía del idioma, la vuelta de la tortilla, o de la arepa, ha necesitado menos de un siglo. Sin embargo, mi ilustre y querido compatriota don Rufino José hablaba de plazos más largos para su vaticinio sobre una fatal separación de lenguas. Pasarán siglos más o siglos menos, de acuerdo con él, pero el destino final del español es quebrarse como un espejo.

Hay quienes piensan, incluso, que el porvenir ya llegó y que el castellano padece singularidades tales que ya no es posible hablar de una lengua común. Numerosos editores franceses, por ejemplo, se esmeran en especificar en sus versiones de autores latinoamericanos que "este texto ha sido traducido del español mexicano", o argentino, o colombiano, o cubano... Como si hubiera tantos y como si fueran tan distintos.

Pero, ¿es que acaso lo son? ¿Hay razones para pensar que el español de América es ya, como auguró Pott y como temía Cuervo, una lengua diferente a la de la península? ¿Ha avanzado el proceso de atomización del castellano hasta el punto de que ya nos resulte difícil entendernos entre nosotros?

Estas son las preguntas que me traen por aquí. Espero que nos sirvan para realizar un rápido viaje por algunas de las variedades del castellano actual, explorar sus orígenes, conocer las diferencias esenciales entre el español de América y el de España, y llegar juntos a la conclusión de que el español participa de interesantes diferencias locales, y aun regionales, pero que semejante elemento, antes que factor de divorcio, lo es de riqueza y unidad bajo la amplia y multicolor sombrilla de nuestra lengua.